

Carta a lo incomprensible

Querido lector desconocido,

Le escribo hoy, impulsado por un recuerdo que se niega a desvanecerse, un enigma que, décadas después, todavía me persigue. Incluso después de años de preguntas y teorías, sigo sin poder explicarlo.

Cuando era joven, en este pequeño pueblo costero español donde siempre he vivido, existía un faro, una silueta solitaria posada sobre las rocas, alejada del bullicio del pueblo.

Pero ese faro era un misterio insoluble.

Estaba fuera de servicio. No tenía electricidad, sus cables estaban enredados, rotos por el tiempo y el abandono. No era más que un cascarón vacío, un fantasma de una época pasada. Y aun así... por las noches, a veces, brillaba. Una luz intensa atravesaba la oscuridad, flotando como una llamada de otro mundo. Con esa luz llegaban sonidos... campanas que repicaban, el golpe de las olas contra la armadura de los barcos, como si barcos invisibles

pasaran cerca de la costa.

Al principio, pensé que no era más que un sueño. Pero me di cuenta de que, excepto los aldeanos con el sueño más profundo, todos lo habían escuchado, al igual que yo.

Por la mañana, fuimos a la playa. No había ninguna señal de un barco y los cables del faro seguían destruidos. Pero uno de los aldeanos del pueblo desapareció. Lo buscamos durante más de una semana, pero nunca lo volvimos a ver. Nadie comprendió lo que le pasó y jamás encontramos su cuerpo. Cada noche, cuando la luz se encendía, una persona desaparecía de ma era misteriosa, como si se hubiera evaporado.

Algunas noches, el faro permanecía apagado y otras, se encendía.

Nosotros, los aldeanos, hablábamos de ello en voz baja, temerosos pero fascinados. No era una alucinación... todos lo escuchaban, todos lo veían. Y cada vez que preguntaba a los más ancianos, sacudían la cabeza, con la mirada nublada por el miedo. Nadie sabía por qué aquel faro se encendía ni de dónde provenían esos sonidos.

Un día llegó la tormenta, una tormenta como nunca antes había visto. Los vientos aullaban, el mar rugía, y cuando la tempestad se disipó, el faro no era más que un montón de escombros. Algunos decían que era una bendición, que el misterio por fin había sido enterrado. Pero para mí, solo dejó un vacío, una pregunta sin respuesta.

Hoy, al recordar aquellas noches embrujadas por aquella luz, no puedo evitar preguntarme: ¿fue una advertencia, un eco del pasado, un edificio encantado? En cualquier caso, era algo que iba más allá de nuestra comprensión.

Tal vez usted, lector, encuentre una respuesta a lo que yo nunca podré explicar.

Con mis más sinceros respetos,

Un viejo hombre que sigue buscando la verdad